

de inconsecuencias. El 2 de Diciembre no hubo sesión. Al anunciarlo, el periódico republicano titulado el *Avenir National* dijo estas palabras, que probaban cuánto había crecido la audacia de la oposición y menguado la autoridad del Emperador: «No celebrando sesión, presta el Cuerpo Legislativo homenaje, de buen ó mal grado, á un sentimiento que durará en Francia tanto como el sentimiento de la justicia y del derecho. Imposible desde hoy que una Asamblea francesa y libre pase, sin mostrar que conserva de él algún recuerdo, por el aniversario del día en que Napoleón Bonaparte, olvidando el juramento prestado á la República, aprisionó á los mandatarios del pueblo y cambió en cuerpo de guardia el palacio de la Representación nacional.» La derecha ardió en ira á la lectura de este artículo y gritó fuertemente contra el escandaloso blasfemo. Muchos de los diputados más ardientes propusieron que el artículo fuera denunciado ante la Cámara y en la Cámara juzgado, para asociarse con una manifestación imponente á la obra del 2 de Diciembre y al golpe de Estado de que nació el cesarismo. El gobierno tuvo que reprimir estos ímpetus de sus amigos y resignarse á los ataques de sus enemigos; profundo cambio, testimonio vivo de su impotencia. El 3 de Diciembre inauguró Rochefort su carrera parlamentaria. Asentado en lo más alto de la extrema izquierda y en el sitio á que llamaban la Montaña, anunció una proposición. Todos los ojos se tornaron hacia él, todos los oídos se abrieron para escucharle. Pendía materialmente, sin exageración alguna, la Cámara entera de sus labios. Temeroso de que no llegase á todas partes su débil voz, descendió hasta el centro de los bancos, y se colocó en las gradas de en medio. La ansiedad por oírle era tan grande que de todas partes se alzó un grito diciendo «¡a la tribuna!» La Cámara entera lo alzó al pedestal de los grandes oradores. ¿Qué irá á decir? se preguntaban á una todos los asistentes al solemne acto. Rochefort, sin

largo exordio, sin precauciones oratorias; como quien sale de difícil paso, con la mayor celeridad posible, pidió que la guardia militar adscrita á la custodia de la Cámara se cambiase por un piquete de la guardia nacional. No hay decir que el desengaño y el desencanto excedieron notablemente á la curiosidad y á la impaciencia. Las discusiones de actas revelaban la profunda gangrena del Imperio. En las pasadas sesiones se había discutido mucho sobre la incompatibilidad entre el cargo de diputado y el cargo de funcionario en los palacios imperiales. Para evitar nuevos escándalos, el gobierno anunció que los diputados palaciegos habían dimitido sus cargos palatinos, aunque á los pocos días se supo que habían sido nombrados para estos mismos cargos con el carácter de honorarios. Clemente Duvernois, antiguo favorito del César, elevado casi por fuerza á la dignidad de representante del pueblo, tenía en sus actas irregularidades tales, que estaba dispuesto á dimitir el cargo antes que someterse á los azares de la discusión. Un diputado de la izquierda mostró que en Puy-de-Dôme solamente el gobierno había repartido como cebo electoral noventa mil francos á las iglesias. Los defensores del gobierno reconocieron la verdad de estos hechos y proclamaron que, si eran lamentables, se hallaban compensados por excesos de polémica lamentables también. Habíase reunido una oposición dentro de la mayoría, compuesta de ciento diez y seis diputados resueltos á combatir el poder personal y á obtener la responsabilidad de los ministros; pero las esperanzas dadas á Emilio Ollivier y las promesas hechas eran de tal magnitud, que se dió traza para disolver este formidable grupo y disolverlo en la inmensidad de la mayoría.

Mientras tanto la discusión de actas revelaba bien á las claras que el Imperio se moría y que la opinión se sublevaba en su contra. Las elecciones de los Pirineos orientales fueron admirablemente discutidas por la habili-

sima elocuencia parlamentaria de Julio Simon. Es completamente imposible hablar con más propiedad el francés ni tener más encanto y más seducción en la palabra. Quizá le sobra un poco de miel, y resulta, por lo tanto, demasiado dulce, con riesgo de empalagar al auditorio. Pero en este momento ni siquiera tal defecto tenía su admirable palabra, porque rebosaba en amarga hiel. Y no podía menos si pintaba con exactitud las maniobras electorales del gobierno, las amenazas imperiosas, los favores innumerables, los cohechos y captaciones, las mesas al aire libre cargadas de viandas, los toneles corriendo como fuentes, los regalos ofrecidos al bello sexo para que ejerciera sobre los electores sus naturales seducciones, el cielo presentado como una recompensa al complaciente y el infierno como un castigo al recalcitrante desde las alturas del púlpito; el esbirro, deslizándose en el seno de las familias, para infiltrarles el veneno del miedo y argüirles de querer traer sobre los deudos más queridos los horrores de la más horrible deportación. La mayoría, no teniendo razones con que defenderse, ahogó á gritos, en estruendo infernal, las elocuentísimas invectivas del ilustre orador y las fervientes protestas de la activa oposición. El acta de Clemente Duvernois encerraba también grandes enseñanzas. Este escritor, que perteneciera durante mucho tiempo al partido democrático, habíase convertido á la religión imperial. El Emperador le pagó esta traición, elevándole á la más alta categoría y al más elevado rango en su efusiva gracia. Tuvo, pues, todo su favor. Necesitaba un distrito, y el diputado de los Altos Alpes se sacrificó por él, y le cedió su puesto. El dimisionario fué largamente premiado, y el prefecto del departamento advertido de la elección del César. Este gobernador puso el dedo en la llaga declarando que sus gobernados eran pobres para darse al excesivo lujo de una política propia. A los buenos entendidos con una palabra basta, y la elección

fué materialmente comprada. El Cuerpo Legislativo aprobó sin escrúpulo esta compra-venta. En el distrito del alto Garona pasaron, además de las generales de la ley, dos bien singulares accidentes: primero el alcalde se llevó las urnas á su alcoba y las metió, como cualquier otro mueble que no es para nombrado, bajo su cama; y los agentes del diputado imperial llevaban autos de prisión en blanco para prender á los electores más considerables de la oposición. Así representaba el Imperio de los Bonapartes la voluntad de los franceses.

Esta mayoría tan cortesana y tan complaciente, capaz de aprobar las falsificaciones electorales más monstruosas y de absolver los crímenes políticos más grandes, quería anular el acta de Mr. Girault, diputado del Cher. ¿Por ventura había usado alguno de los reprobables medios y de las abusivas prácticas de los diputados imperiales? No. Había dicho francamente sus ideas y los electores le habían elegido, le habían dado sus poderes en virtud de estas mismas ideas, y para que las sostuviera y las representara en la Cámara. Pero estas ideas no eran del agrado de la mayoría. Mr. Girault había dicho que pertenecía con orgullo á esa gran familia de trabajadores, que ha sido alejada de la cosa pública por incapaz y del contacto con las otras clases sociales por indigna de ellas. La segunda sección proponía que fuese admitido el diputado, aunque lamentaba que hubiese expuesto en sus programas avanzadas doctrinas. Llega la hora de la votación, y sin debate, sin discursos, sin previas declaraciones; como si de la cosa más natural del mundo se tratara, la Cámara desecha el dictamen de la comisión, y arroja, por consiguiente, de su seno al diputado legítimo y pacíficamente elegido. En los anales parlamentarios no se recuerda un hecho de tanto alcance, una salida de tanta gravedad. La oposición se alarma, se enfurece, grita, protesta, arroja en cara á la mayoría este infame atentado. Es una sorpresa, exclama Garnier-

Pagés; una violencia Gambetta; una vergüenza Favre; un crimen Cremieux. Ernesto Picard logra lanzar sobre el tumulto estas expresivas palabras: «Os habeis suicidado, y habeis disuelto la Cámara.» En efecto, expulsar á un representante del pueblo por ideas que habian sido solemnemente acogidas y sancionadas en la eleccion era cometer un verdadero golpe de Estado, era faltar conjuntamente á todas las leyes. La mayoría grita, amenaza, ahoga la palabra de aquellos que la llaman al respeto de sí misma y á la observancia de la constitucion. Mr. Buffet pide que se revise de nuevo este dictámen; Mr. Estancelin no puede explicarse que una mayoría anule violentamente la eleccion de un diputado porque sus ideas no le agradan ó no le satisfacen. La derecha dice que el departamento del Cher es el refugio de todos los internacionalistas, y que la circular de Girault le ha valido más de tres mil votos. El diputado Pinard se alarma de estas violencias y dice que si un Congreso se cree hoy autorizado á proclamar la indignidad moral, mañana se creará autorizado á proclamar tambien la indignidad política de toda la oposicion, y propone que la anulacion del acta se funde en haber dicho Girault una falsedad, en haber dicho que pertenece á la clase trabajadora, cuando ha salido de esa clase por sus ahorros y entrado en la clase propietaria por sus riquezas. La mayoría comprendió el abismo á donde la llevaba semejante arbitrariedad, y Mr. Girault fué al cabo admitido y proclamado representante del Cher.

Mientras tanto la crisis se agravaba. Los señores Raspail y Rochefort presentaron una proposicion que compendiaba en brevísimas palabras toda su política. «Un estado, decian, es la suma de los municipios como los municipios la suma de las familias. El Ayuntamiento elegido cada tres años nombra sus alcaldes. Las diferencias entre los ayuntamientos serán dirimidas por un jurado especial; y las diferencias entre los dis-

tritos y cantones por el Cuerpo Legislativo. Libremente elegido este por el sufragio universal es el municipio de los municipios, y decide en última instancia de todo lo concerniente á los intereses generales de la nacion. El impuesto progresivo reemplaza á todos los otros impuestos. El Congreso fija anualmente el presupuesto y señala los tributos que los ayuntamientos reparten con arreglo á la distribucion de la riqueza. Todo ciudadano es soldado desde los veinte á los cincuenta años, y reside en sus hogares pudiendo ser solamente obligado á los ejercicios militares cada ocho dias durante tres horas. Cada legion del ejército nombra anualmente sus jefes. El Cuerpo Legislativo nombra á su vez los generales.» El ministro de la Gobernacion llamó ridículos á los autores del proyecto, y Rochefort le contestó, aunque con veinticuatro horas de espacio, que por muy ridículo que él fuera, jamás se habia paseado, como cierto pretendiente en requerimiento de una corona, por las playas desiertas con un águila domesticada á la espalda y un pedazo de tocino en el sombrero. Estos proyectos eran episodios del drama principal, cuyo argumento se componia de dos actos; en el nombramiento de un nuevo ministerio y en la pronta terminacion de aquella terrible crisis. Un partido se habia formado, el cual pedia paz á toda costa, régimen parlamentario á toda prisa, abrogacion de las leyes de sospechosos, envío al jurado de los delitos de imprenta, abolicion del timbre, libertad de los anuncios judiciales, señalamiento por las leyes de los distritos, reforma electoral, eleccion de los alcaldes dentro del concejo, castigo de los atentados á la libertad individual, investigaciones sobre el tratado de comercio. Del fondo de este grupo se destacaba la figura política de Emilio Ollivier.

Y en efecto, mientras las antiguas fracciones discutian á grito herido en la Cámara, el antiguo republicano intrigaba á la callada en las Tullerías. Servíale de intermedio el

privado particularismo de Napoleon III, el jóven Clemente Duvernois. La privanza de este favorecia mucho á Emilio Ollivier á causa de la amistad que Duvernois le profesaba. Era este publicista un discípulo aventajadísimo de Emilio Girardin, cuyas fórmulas concisas y cuyos retruécanos graciosos imitaba con verdadero éxito. Así es que jamás el gran periodista de Francia, sintió entibiarse el afecto que profesaba á este discípulo predilecto, á este San Juan de su estilo. En casa de Emilio Girardin se conocieron Duvernois y Ollivier; y allí trabaron una amistad íntima y durable. El periodista pasó desde la oposicion á la córte, y ya en la córte, puso sus cinco sentidos en la elevacion de su amigo al gobierno. El estado de las cosas no era ciertamente para perseverar en sostenerlas: desengaño general, exacerbamiento revolucionario, gobierno sin autoridad y sin nombre, elecciones tempestuosas, candidatos oficiales elegidos casi por fuerza, mayoría incierta, grupos múltiples, oposicion franca y oposicion taimada, síntomas todos de las profundas descomposiciones que proceden siempre de una corrupcion universal.

Napoleon III no podia ya retroceder. El que abandona una dictadura, difícilmente de nuevo la recoge. El imperio iba á caer en manos de un hombre, todo ambicion, todo vanidad, lijero, imprevisor, que habia abandonado el partido republicano y perdido su popularidad sin ganarse la estima de los conservadores; pródigo de palabras, ávaro de hechos, acostumbradísimo á caminar en las tinieblas y en las intrigas; creyendo más en la fuerza de su elocuencia que en la fuerza de su política; y deseoso de reanimar lo que ya estaba muerto y descompuesto, el funestísimo Imperio. Emilio Ollivier tuvo siempre un valedor junto al César; primero el duque de Morny, el hijo bastardo de la reina Hortensia, el hermano querido de Napoleon III, hombre de claro talento y de suma habilidad política. Despues tuvo al conde Waleswky, hijo

bastardo de Napoleon el Grande, casado con una mujer de mucha influencia en la córte, poderosísimo él por sí á causa de su sangre, y de su natural devocion á los Bonapartes. Tuvo por último al improvisado favorito Clemente Duvernois, de ménos valía que los otros, pero de más fortuna en sus gestiones, por lo mismo que el Imperio tocaba ya en los últimos límites de irremediable decadencia. Los transformadores del Imperio eran realmente tres hombres singulares. Primero: Emilio Girardin, célebre por la fecundidad de su pluma, por el encanto de su estilo, por el atrevimiento de sus frases, pero más célebre todavía por la veledad de sus sentimientos y por el cambio continuo de sus movedizas impresiones. Segundo: Clemente Duvernois, jóven relativamente oscuro, lleno de ambiciones, aventurero en su vida, poco escrupuloso en su conducta, sin ninguna autoridad y sin ningun ascendiente sobre la opinion, por que le faltaba la más firme de todas las fuerzas, la más imperiosa de todas las autoridades, la fuerza y la autoridad moral que no se recaba ciertamente de los favores, y de las amistades del César; y el tercero, Emilio Ollivier, hombre sin altura bastante para aquella empresa, sin luz propia, lijerísimo, tornadizo, orador pedante é hinchado en la Cámara, abogado de órden secundario en los tribunales, un buen ministro de esos vulgares que sirven para luchar con ventaja en los combates parlamentarios de todos los dias, un pésimo director de grandes y abrumadoras situaciones.

Es curiosísimo seguir en los papeles privados y en las correspondencias particulares de la familia imperial toda la trama de este asunto. Emilio Ollivier, que mil veces habia sido halagado, puesto en camino de buscar la pista al poder sobre las alfombras de las Tullerías, y que á este fin trocara el público favor de sus electores por las tertulias íntimas de la Emperatriz, se impacienta, se desespera, viendo que nunca llega la realizacion de augustas promesas y escribe á co-

mienzos de 1869 un libro dictado por el más ardiente amor propio, lleno de su persona; y rebosando en juicios temerarios sobre la política y en revelaciones indirectas sobre su amistad con la familia del César. Este libro, que le valiera universal reprobación, tuvo su nombre en largo eclipse; y necesitáranse grandes desventuras y contratiempos para que reapareciera con algún favor en los consejos imperiales. Desde el día en que monsieur Rohuer fué despedido, Emilio Ollivier se alzó á la categoría de protagonista en la política. El Emperador hubiese querido que sucediera inmediatamente á su rival; pero Ollivier se negaba diciendo que tenía necesidad de algún espacio y de algún desahogo para estudiar una Cámara, cuyo nombramiento no había dirigido, y aprender á manejarla. Estos escrúpulos explican la formación de ese ministerio transitorio que sirve como de puente entre la privanza de Rohuer y la privanza de Ollivier. Desde Octubre de 1869 hasta Enero de 1870 las negociaciones por escrito no cesan ni un momento. El futuro ministro, asaltado por los amigos y por los pretendientes, huye de París como alma escapada del purgatorio, y se refugia en el departamento del Var á solas con su conciencia para meditar sobre el mapa de sus planes y sobre la tremenda responsabilidad que va inmediatamente á echar sobre sus hombros. Allí todos los días le llegan cartas de Compiègne, palacio de caza, sitio imperial de Otoño, donde Duvernois tiene lujosas habitaciones, como uno de los comensales del César. En estas cartas se explican mutuamente sus proyectos y sus trabajos; las esperanzas y los temores que les asaltan; los medios de llegar con más facilidad al poder y de conservarlo por más tiempo. Duvernois no trabaja solamente por el Imperio y por la Francia; trabaja también por conseguir la cartera de Gobernación, y si á tanto no pudiese llegar, la subsecretaría de Estado. Emilio Ollivier y Clemente Duvernois contraen á una la manía de preferir á

los políticos viejos, á los políticos experimentados los políticos jóvenes, porque ambos á dos tienen lo que podríamos llamar una juventud relativa. Pero hay algo más dañoso que los viejos ignorantes é impotentes y son los jóvenes pervertidos y egoístas. Los que buscan á una entre las prostimerías del Imperio, la presidencia del Consejo de Ministros, y la cartera de Gobernación, en verdad, no aparecen con gran derecho á criticar el egoísmo de los viejos.

El Emperador los temía á ambos, y especialmente á Ollivier, puesto que entre sus papeles se encontraba misteriosa nota de mano amiga, en que pasando revista á los hombres importantes, se decía: «Ollivier tiene más alma que Buffet, y se entregaría más de veras y con grande fervor; ¿pero cuántas peripecias no sufrirá su versátil carácter, cuyo natural generoso contrastan desdichadísima vanidad, y larga serie de peligrosísimas relaciones políticas?» Pero la necesidad carece de leyes; y el Emperador, obligado por sus antiguos errores y por sus recientes compromisos á una política liberal, tenía que acogerse sin remedio al representante único posible de esa política, al fátuo Ollivier. El 2 de Octubre de 1869 comienza la correspondencia epistolar que ha de concluir por la resolución de la crisis ministerial. Emilio Ollivier escribe á Duvernois que el Emperador le inspira profundísimo afecto, aumentado desde el día en que se entregó á la política liberal. Pero por lo mismo tiene el deber de decirle que, según uno de sus hermanos, honrado comerciante, las transacciones todas padecen á causa de las dilatorias que se oponen á la práctica de esta política, aconsejada por la conciencia, y ya resueltamente abrazada por su generosísimo corazón. La convocatoria para el 29 de Noviembre fué un error, pero ya cometido, hay que mantenerlo, pues si el Emperador retrocediese á las amenazas de la oposición se disiparía el Imperio.

Mas era necesario no retroceder tampoco

en el camino de la libertad. Toda situación nueva exige hombres nuevos. La política imponía el que estos hombres tuviesen bastante valor para dejar á la prensa y á las reuniones todo su vuelo á fin de que los irreconciliables se comieran los unos á los otros en sus diarios combates. En cuanto á la manera de realizar la nueva política, Ollivier se niega resueltamente á una conciliación estrecha con Rohuer, conciliación que sería la ruina de ambos. También se niega á entrar en el ministerio de transición, porque cree que se disminuiría su personal importancia sin dar ninguna fuerza al gobierno. Lo que pide, lo que necesita es que el Emperador, descendiendo desde las alturas del trono hasta su humilde pequeñez, le encargue á él por medio de carta publicada en el *Moniteur* la formación de un ministerio. Esto tendrá dos ventajas: herir y sorprender el ánimo del pueblo, y elevarlo á él á una trasfiguración maravillosa. En ese ministerio se compromete á dejar alguno de los ministros del gobierno de transición, Magne, por ejemplo, que desempeña la cartera de Hacienda, y Foreade, que desempeña la cartera de Gobernación, pero pasando á este á otro departamento; los demás ministros saldrían de los dos centros, izquierdo y derecho. Con tales condiciones, el representante de la política liberal dentro del Imperio se decide á tomar sobre sus hombros la carga del poder y á combatir con todas sus fuerzas la revolución.

El día tres de Octubre, Duvernois responde á la carta de Ollivier con otra, en que llama á su amigo, sobrado exigente: «No lo creías, le responde el futuro ministro. No puedo hacer otra cosa, en frente de una Corte que me considera como extranjero, y de una Cámara que han elegido mis capitales enemigos. Necesito tomar todo género de precauciones para no caer en odioso ridículo.» Y en efecto, estudia todas las combinaciones: un nuevo llamamiento de Rohuer le parece peligroso; la permanencia del gabinete de transición le

parece imposible; un gobierno compuesto sólo del tercer partido frágil; y por eso pide que le dejen tiempo para tomar conocimiento de la Cámara y darle seguridades y garantías que calmen y ganen al mayor número. Duvernois no comprende que dilate así la crisis quien se queja de dilaciones; y conjura á Emilio Ollivier para que entre de cualquier manera en el ministerio. *Non possumus*, responde Ollivier, con la fórmula del Papa, sosteniendo que hay grave, gravísima diferencia entre anexionarse él á la mayoría como un pedisequor; ó anexionar la mayoría á su persona como un jefe.

Clemente Duvernois se dirige al Emperador en demanda de que excuse y perdone á su orgulloso amigo. Como habilísimo en cortesanas intrigas, comienza ganando la voluntad del poderoso protector para su cliente y encargando el profundísimo agradecimiento que, próximo á ser agraciado, tiene á aquel de quien recibirá la gracia. Parecele cosa extraña que pretenda presentarse ante la Cámara como candidato, con aspiraciones y esperanzas, no como ministro, con poder y con victorias. Si en este caso quisiera hallarse; con el gobierno en las manos, con las señales del favor imperial en la frente, con la persuasión en el ánimo de que nadie sería poderoso á contrastar su influjo, las intrigas de la derecha, y las invectivas de la izquierda, los odios de irreconciliables albos y de los irreconciliables rojos, las maniobras del tercer partido y las indecisiones de los hábiles, todo se estrellaría en el valor y en la fortuna de Ollivier, el cual da por su desgracia al discurso y á la palabra mucho más valor que al hecho y á la acción.

Por el contesto de la carta se conoce lo mucho que ha herido á Napoleon el proyecto ollivieresco de ir al poder llamado por solemne nota ó por carta autógrafa, inserta en el *Moniteur*. Duvernois le asegura que su cliente no pretende reducirlo al triste papel de Reina de Inglaterra; antes bien darle más medios